

**RAMÓN J. SENDER EN EL *HERALDO DE ARAGÓN*:
PREHISTORIA, REGRESO Y REENCUENTRO
DEL ESCRITOR ALTOARAGONÉS CON EL DIARIO ZARAGOZANO**

Juan DOMÍNGUEZ LASIERRA*
Escritor y periodista

RESUMEN: Las relaciones entre Ramón J. Sender y el *Heraldo de Aragón* (diario de Zaragoza fundado en 1895) tienen una prehistoria, un intermedio y un reencuentro final. La prehistoria fueron aquellos años veinte en los que el joven Sender participó con éxito en los concursos literarios del periódico (poesía y leyendas) y publicó algunos artículos. El intermedio fueron los regresos del exiliado a su patria, en los años setenta. El reencuentro final, su condición de colaborador regular y estelar del *Heraldo* con aquellos *solanares* y *lucernarios* evocativos de su Aragón mítico que se publicaron durante sus últimos años en las páginas del diario aragonés y que se recogerían en dos libros de las Ediciones de *Heraldo de Aragón*. Se incluyen como colofón tres artículos de Sender en el *Heraldo* de los años veinte.

PALABRAS CLAVE: Ramón J. Sender. *Heraldo de Aragón*. Ateneo de Zaragoza. Ateneo de Madrid. Huesca. Chalamera.

ABSTRACT: The relations between Ramón J. Sender and the *Heraldo de Aragón* (newspaper of Saragossa founded in 1895) went through a prehistory, an interim and a final reunion. The prehistory of this relationship took place in the twenties, when the young Sender successfully took part in the newspaper's literary contests (poetry and legends) and published some articles. The interim happened at the returns from exile to their homeland, in the seventies. The final reunion was Sender's regular and star collaboration with the *Heraldo* with the *solanares* et *lucernarios* recalling his mythical Aragon. These articles were published during his last years in the pages of the Aragonese newspaper and later presented in two books of the Ediciones de *Heraldo de Aragón*. To crown it all, we reproduce three articles written by Sender that were published in the *Heraldo* in the twenties.

KEYWORDS: Ramón J. Sender. *Heraldo de Aragón*. Ateneo de Zaragoza. Ateneo de Madrid. Huesca. Chalamera.

* jdominguez@soporteygestion.com

RÉSUMÉ : La relation entre Ramón J. Sender et l'*Heraldo de Aragón* (quotidien de Saragosse fondé en 1895) a une préhistoire, une pause et une rencontre finale. La préhistoire, d'une vingtaine d'années, a été celle où le jeune Sender a participé avec succès aux concours littéraires (poésie et légendes) du journal et y a publié quelques articles. La pause s'est produite lors des retours de l'exile, dans les années soixante-dix. C'est aux retrouvailles que Sender a acquis une position d'étroite collaboration et de célébrité dans l'*Heraldo* grâce à ses *solanares* et *lucernarios*, évoquant sa légendaire région d'Aragon. Ces articles ont été publiés au cours de ses dernières années dans les pages du journal aragonais et recueillis plus tard dans deux livres des Ediciones de Heraldo de Aragón. Pour couronner le tout, on reproduit trois articles de Sender qui ont été publiés dans les années vingt dans l'*Heraldo*.

MOTS CLÉS : Ramón J. Sender. *Heraldo de Aragón*. Ateneo de Zaragoza. Ateneo de Madrid. Huesca. Chalamera.

En las relaciones entre Ramón J. Sender y el *Heraldo* existe una prehistoria, un reencuentro final... y un intermedio. La prehistoria son aquellos años veinte en los que el joven Sender, periodista en *La Tierra* oscense, participó en los concursos literarios del diario y aún coló algún artículo. El intermedio fueron esos regresos del exiliado a su patria, la grande y la chica, que, si satisficieron una ilusión, decepcionaron a la postre al transterrado. El reencuentro final, su condición de colaborador regular y estelar del *Heraldo* con aquellos *solanares* y *lucernarios* evocativos de su Aragón mítico que se publicaron durante sus años finales en las páginas del diario aragonés —al que tal vez, y esto es una suposición, siendo joven periodista habría querido acceder— y que se recogerían en dos libros de las Ediciones de Heraldo de Aragón, uno de los cuales abriría la colección —que, bien podríamos decir, se creó al abracadabra de su nombre y de sus escritos heraldistas—.

LA PREHISTORIA

De la prehistoria lo que se puede decir no es mucho, pero refuerza esa arriesgada hipótesis de que tal vez Sender quiso ingresar como periodista en el *Heraldo*. Solo así se explicarían su participación en los certámenes literarios convocados por el periódico, tras su experiencia periodística en *La Tierra* oscense y en plena colaboración con *El Sol* madrileño, y la inopinada aparición de tres artículos suyos en las páginas del diario por aquellos años.

Sender participa en el certamen de «Escritores nuevos» convocado por el *Heraldo* en 1922 y es premiado por su poema «Gesta de los Pirineos», que se publica el 2 de enero de 1923. Más tarde vuelve a participar en el certamen literario del periódico, esta vez en la modalidad de leyendas aragonesas, y gana con su relato «El alma de la colegiata», que aparece el 11 de octubre de 1925.

Gesta de los Pirineos

A don Ramón María del Valle-Inclán

¡Exaltación humana de las cosas divinas,
alardes ostentosos de nuestro Padre Geos,
yo ensayé a recitar tus gestas peregrinas!

... ¡Las gestas de los Pirineos!
 Mas, ¡ay!, no es mi estación la de las plenitudes:
 el gran Zeus ha assolado mi paisaje interior,
 y están ya destemplados los amados laúdes.
 Bajó el cielo purpúreo
 mi corazón cultiva su ideal epicúreo
 —ni una hoja en el árbol, ni un ruido, ni una flor—,
 anegado en las notas de luz de un ruiseñor.
 ... Pero los Pirineos brindan a los poetas
 el ánfora infundida por la inmortalidad.
 Con las águilas graves y con las gypaetas
 el alma siente un ansia nómada, navegante,
 y en la solemnidad
 de la hora recita: «E nos lases juvante...».
 Rotos, pues, los laúdes, requerimos la armónica
 bohemia y familiar que en el Romanticismo
 cantaba minués. Está ya un poco afónica,
 pero en la soledad augusta del abismo,
 al pie del ara jónica
 do recibe Pirene su culto ritual,
 creo yo —¡oh, Dionisos!— que no sonará mal.
 El lar blanco se aduerme en las grutas malditas
 cuando el misterio clásico de un nocturno de Tracia,
 so las estalactitas,
 expande su perfume de nelumbo y acacia.
 Tiene por lecho el verde nenúfar florescente
 cabe el cual Cloe urdiera su milagro nupcial.
 Vago, reminiscente,
 puebla el griego heliotropo de su divina frente
 un recuerdo letal
 y en su alma se enrosca, silbando, la serpiente
 del Supremo Misterio,
 del Pecado Mortal.
 Entretanto, Hera exhibe su vitola de Oriente
 al son de la pagana música balbuciente
 —rabel, arpa y salterio—
 que proclama la hora azul de la saturnal.
 Por Pirene han cantado las leyendas de amor
 aquella última estrofa del arrepentimiento.
 ¡Oh, la íntima tragedia del candor
 que la mitología
 ofrenda al sibarita Neptuno! ¡Oh, surgimiento
 sádico del dolor
 arrancado a la gloria helena de aquel día
 por las furias de Hera, en el triunfo del Viento!
 ¡Y el regocijo pánico, el alma de Artemisa,
 lanzando la sonrisa
 mordaz, iluminada de pérfida crueldad,
 sobre el sarcasmo impío de la gentilidad!...
 Fue entonces. Bajo el cielo cordial de Macedonia
 Pirene huyó el palacio
 a lomos de los grifos, despreciando de Ammonia
 las naos color ámbar y topacio

para cambiar su trono argentado de Grecia
 por el verde esmeráldico de los montes del Lacio.
 Vistieron las montañas
 sus galas invernales,
 cubriéronse de armiños inmortales,
 y Orfeo las hazañas
 de Pirene cantó en las torrenciales
 melenas del glaciar. El bardo milenario
 llegó desde los trópicos sacudiendo los aires,
 y ante Ella sus blasfemias se tornaron donaires.
 Rezó su antifonario
 eólico. Rindió su ira a Pirene y a Hebe
et in saecula redujo cortésmente sus bríos,
 meciendo de los pinos el pagano incensario,
 jugando a los tifones con los copos de nieve
 y ondulando la plata bruñida de los ríos.
 Vierte Sol en las cumbres la bendición de Dios,
 y una lluvia de zafiros falsos en cada umbela.
 Los cielos, presuntuosos, han peinado en bandos
 el oleaje claro, rizado, lactescente,
 do un bajel fabuloso hincha de luz su vela.
 Los buitres instrumentan su fúnebre canción.
 El milagro romántico —símbolo renaciente—
 de la prócer cigüeña navega hacia Poniente
 y el alma, arrodillada, se unge en la oración.
 Las greñas neptunianas son del agua lustral
 que usaron los gentiles para sus ceremonias
 en la era de la Biblia y de la bacanal
 y de los Salomones y de las Babilonias.
 Por eso el provenzal
 bardo que un día se abrevó en sus linfas
 escuchó entre las sombras del bosque fabuloso
 como un privilegio la voz de las driadas
 y vio de Sagitario el cortejo fastuoso
 cruzar la Vía Láctea. Resistió las miradas
 mágicas de la noche y adivinó en su seno
 el hechizo cordial
 —grato y funesto como un dulce veneno
 mortal—
 que inspiraba geórgicas, sonoras y profanas
 más plácidas que las visiones virgilianas
 y dejaba en el alma la lividez astral
 de los iluminados.
 Estigma de locura,
 de predestinación,
 que enseñaba a sufrir sin llanto la tortura
 azul de la ensoñación.
 Yo quiero ungir el alma de *mi* viejo rabel
 con las aguas lustrales,
 cantar en versos de oro las glorias de Israel
 y engastar en la roca muchas patriarcales
 estrofas. De Neithé robar el numen prodigioso,
 y en las tardes vernaes,

bajo la roja Omega
 del sol que baña en plata los chopos de la vega,
 escuchar mi canción —ruido y ritmo argentino—
 en el valle esmeralda,
 a la sombra de un pino,
 en la cumbre increíble, verde y gualda—.

Amar a un mismo tiempo a las cincuenta
 danaidas que cortejan de Pirene el ocaso
 y escribir en el cielo con estrellas
 —con todas las estrellas fúlgidas de Pegaso—
 una estrofa sonora,
 diáfana, matinal,
 cegadora,
 que tuviera el glorioso claror de una Aurora
 Boreal.

No sé hacer esos versos.
 Las estrellas están demasiado lejanas
 en el fondo azogado de los remansos tersos
 o en el plafón violáceo de las noches serranas.
 Resignado,
 me limito a escuchar en la siringa griega,
 desde el balcón volado
 de la recia casona solariega
 que ha dos siglos preside el collado
 —regado por la sangre tibia de mis abuelos—,
 el vago balbucir de mis anhelos
 de bardo desterrado
 en la egregia amistad de aquestos hidalgüelos.
 Me acompañan en el templo pagano de la sierra
 unos labriegos que huelen a buen vino
 de la tierra,
 a resina y a égloga, a ozono y a pan tierno.

No maldicen jamás de su destino
 y cambian de horizontes una vez cada invierno
 para ir en caravana
 a cargar mis galeras del trigo monegrino
 que hay que verter después en la besana.
 Entonces —que es ahora— sale la gañanía
 a resacar los ciervos.
 —Somos para los sarríos como dioses protervos—.

Requiero mi escopeta y mi canana
 y unas veces con Dafne y otras veces con Diana
 extendiendo mis estuches de acuarela en la espera
 o fulmino el estruendo de mi furia guerrera.
 Cuando veo que Otoño se desangra en las cumbres
 regreso a la maxada
 y mis manos exangües acarician la armónica
 —¡tan vieja, tan cansada!—
 por ver si a Padre Geos
 satisface mi «gesta de los Pirineos».

Pero está muy afónica,
 y si no es en el fondo umbroso de la barrancada,
 al pie del ara jónica,

do recibe Pirene su culto ritual,
 la caja que en el Romanticismo
 quizás era un alarde jocundo de esnobismo
 hoy —¡oh, Dionisos!— suena a salmo funeral.

Huesca

En medio de uno y otro concurso, anotamos su presencia en las páginas del *Heraldo* el 14 de marzo de 1924 con su crítica del libro de Ramiro Ledesma Miranda *El viajero sin sol*, el 3 de diciembre de 1925 con «Cosas de arte. La juglaresa Berta Singerman en Madrid» y el 25 de abril de 1926 con el artículo «Bagaría no se va», sobre el gran dibujante y caricaturista.

¿Quería o no quería Sender relacionarse con el *Heraldo* con el propósito de ingresar en él?

INTERMEDIO, EL REGRESO

El intermedio se produce cuando Sender, en 1974, regresa a España. Del 29 de mayo al 12 de junio recorre lugares diversos y da conferencias en Barcelona, Huesca, Zaragoza y Madrid. Es un viaje triunfal en el que Sender es recibido en olor de multitudes..., que esperaban lo que él no estaba dispuesto a dar. Ya no era el joven revolucionario que por *Imán*, que disgustó a las autoridades militares, tuvo que salir de *El Sol*.

Primera visita

Después de treinta y seis años de exilio, Ramón J. Sender regresa a España el 29 de mayo de 1974. Lo hace por el aeropuerto de El Prat, en Barcelona. Ha sido invitado por la Fundación General Mediterránea, entidad dependiente del Banco Atlántico y vinculada al Opus Dei, a pronunciar una conferencia en la Ciudad Condal dentro de un ciclo titulado *Cataluña vista desde fuera*, en el que también se ha propuesto participar a otro exiliado ilustre, Salvador de Madariaga, que al final declinará la invitación. Sender, en lugar de hablar de Cataluña, hablaría en Barcelona del mito de la Atlántida, no sabemos si con un requiebro irónico, contradiciendo así desde un principio muchas de las expectativas de su viaje, porque quienes pensaban que volvía el viejo rebelde se llevaron un buen chasco. El viejo Sender no se cansó de repetirlo: «Lo político desapareció para mí definitivamente en los campos de Francia [en los campos de concentración, quiso decir, a su salida de España]. Desde entonces, trato solo de cultivar mi conciencia moral y social». Por ello mismo, el regreso de Sender tuvo las características, a la vez, de un reencuentro y de una confrontación: el encuentro de un viejo transterrado que vuelve a su país, a su paisaje y a su paisanaje, y todo ello lo llena de emoción; y la confrontación con un tiempo histórico, el de los últimos momentos del régimen de Franco, de enorme politización en la vida española y para el que el escritor, al cabo de todas sus vicisitudes personales y

colectivas, ya no puede tener sino una distanciada y condescendiente mirada. Para Sender, la política, incluida la política española, es algo que ha dejado de interesarle hace muchos años; para los españoles, en aquellos momentos, condensa buena parte de sus inquietudes y sus esperanzas. De ahí el choque entre su postura y la de sus paisanos, especialmente los del mundo intelectual, que su regreso produjo. También frustraciones y alguna indignación. Como resumió Francisco Umbral, con su habitual y expresiva economía literaria, en uno de sus artículos, «Sender ha vuelto y no ha pasado nada». Y aún añadió, con algo más de malicia: «Y además, vuelve arrepentido».

Al tratarse de una crónica hemerográfica, la datación se refiere al día de la publicación de las informaciones en el *Heraldo*.

31 de mayo

Sender había venido teóricamente para hablar de Cataluña, Cataluña vista desde fuera, pero el escritor no estaba dispuesto al menor compromiso con la actualidad española —que desconocía— ni con un pasado que deseaba no recordar. Habló, en consecuencia, de cosa bien distinta, del mito de la Atlántida, dejando más bien fresco a su auditorio, aunque al final este «le aplaudió largamente».

A Barcelona habían acudido a recibirlo dos redactores del *Heraldo*: Joaquín Aranda y Alfonso Zapater. La crónica de Joaquín Aranda en el diario sobre su intervención barcelonesa no reflejaba, sin embargo, esa decepción. Amablemente se titulaba «El genial escritor pronunció una amenísima conferencia sobre el mito de la Atlántida», y se hacía eco de la expectación existente en el auditorio de la Biblioteca de Cataluña, donde «El público se agolpaba ante las puertas desde una hora antes de la conferencia».

Pero el periódico aragonés traía información más sustanciosa, una crónica de Alfonso Zapater en la que confirmaba que «Ramón J. Sender llegará mañana a Zaragoza» y que el lunes pronunciaría una conferencia en el Ateneo, «una charla dedicada a mis recuerdos y nostalgias aragonesas». También se apuntaba la posibilidad de que el escritor fijara su residencia en Aragón. Sender estaba emocionado y sorprendido por el extraordinario eco de su regreso a España que traían los periódicos. Los pidió al poco de levantarse de su primera noche española.

1 de junio

Tras su conferencia en la Biblioteca de Cataluña, Sender tuvo noche barcelonesa. Hubo cena privada en Reno y cuentan las crónicas que se acostó a las cuatro de la madrugada. Se levantó, lógicamente, tarde. A las doce del mediodía apareció en el vestíbulo del hotel dispuesto a atender a algunos periodistas y a la televisión. Tema subyacente son algunas entrevistas —al parecer, falsas— que se han publicado en la prensa.

En el *Heraldo de Aragón* de ese día Alfonso Zapater señala que ha permanecido junto al escritor desde su llegada y que sabe quiénes lo han entrevistado y quiénes no. «Tengo datos —afirma— para demostrar la falsedad de buen número de informaciones». El titular de su información es «Sender llega hoy a Zaragoza», y los sumarios dicen que «anhela el reencuentro con el paisaje familiar» y que «da la sensación de que nunca abandonó su tierra» y de que «busca cualquier pretexto para hablar de Aragón y sacar a relucir su condición de aragonés». «Tiene la obsesión de la censura», afirma Zapater, y habla de sus influencias literarias: novelistas del 98 como Baroja o Valle-Inclán, y Antonio Machado en algunos aspectos. Pregunta por Carmen Laforet, que dónde está, que si no ha telefoneado. Cela y Laforet parecen ser las dos referencias casi exclusivas que Sender tiene de la actual literatura española. Una nota de la agencia Cifra confirma que Destino va a editar *El lugar de un hombre*, uno de los cinco libros de Sender prohibidos en España. Todas estas obras van a ser favorablemente consideradas, afirma el ministro Ricardo de la Cierva.

Joaquín Aranda, en un artículo titulado «Sender en persona», resume sus primeras impresiones sobre el escritor, la emoción de don Ramón y esas rápidas respuestas que revelan a un hombre de ágil inteligencia y que, «muy a la española, tiende a minimizar su propio mérito». «Escribir no es un arte ni una ciencia. Es una manía.... Una manía inspirada, si usted quiere». Considera que toda novela es social, pero no cree que sea un arma de combate. Para Aranda, Sender habla como escribe.

En *El Noticiero* zaragozano Artemio Baigorri también informa de la llegada de Sender ese mismo día a Zaragoza. «El único regionalismo que hay en mí y que debe haber es el de sentirme aragonés», recoge el periodista, y también subraya el deseo del escritor de poder haber hecho este viaje de incógnito. En *Diario del Alto Aragón* Félix Ferrer anuncia que Sender dará una conferencia «mañana domingo» en el Hogar Genaro Poza. Las dudas manifestadas por el novelista sobre si ir o no a su patria chica parece que ya se han disipado. Da la sensación de que para Sender no han pasado los años, y siente aún temores ante un posible rechazo de sus paisanos, como si el espíritu que dejó al comienzo de su exilio estuviera intacto. Sender hablará de un tema «totalmente apolítico», dice la crónica: «Un verano en los Pirineos». Fue el crítico literario del *Heraldo* Luis Horno Liria quien propició el encuentro de Sender con Huesca, como gestionó su intervención del día 3 siguiente en el Ateneo zaragozano.

2 de junio

«Ramón J. Sender se emocionó al contemplar el Cinca a su paso por Fraga». Así titulaba Alfonso Zapater en el *Heraldo de Aragón* su crónica del viaje del escritor de Barcelona a Zaragoza. Sender, a las tres de la tarde, cruzaba la provincia de Huesca. En el hotel Sorolla de Fraga hubo parada, y el autor de *El fugitivo* tuvo ocasión de contemplar, desde una terraza, toda la ribera del Cinca, es decir, el escenario de aquella novela: Zaidín, Osso de Cinca, Belver y Albalate, de un lado; del otro, Alcolea, Chalamera, Ballobar y Velilla de Cinca; o, dicho de otro modo, toda su geografía natal e infantil. Joaquín Aranda relata ese encuentro de Sender con su tierra:

Al lado de Sender, en una balconada de Fraga, le he visto contemplar el paisaje aragonés asaeteado por la luz. Y el mundo de sus libros se abría ante el escritor en la luminaria casi incandescente de la tarde de junio; allá, por aquellos vericuetos, vivió su aventura el protagonista de uno de sus libros. [...] Fue un hermoso momento verle contemplar las tierras de Aragón después de casi cuarenta años de ausencia.

A las cuatro, comida en el hostel El Ciervo, donde se fallaba el premio de periodismo que lleva su nombre, patrocinado por *Aragón/Exprés*, lo que le permitió encontrarse con miembros del jurado: Luis Horno Liria, Genaro Poza, Santiago Lorén... Hacia las ocho llegaba a Zaragoza. Se hospedó en el hotel Corona de Aragón. En entrevistas en *El Noticiero*, el diario conservador, y *Amanecer*, el periódico del Movimiento, Sender recordó a Valentina (Valentina Ventura), su novia de los diez años, protagonista también de *Crónica del alba*. Y rememoró la anécdota: un día, enfadado con su familia, abandonó su casa y se fue a vivir a casa de «su novia». La madre de Valentina lo recibió sorprendida, pero encantada de que a tan corta edad su hija tuviera un enamorado tan decidido. Se acordó también de que la familia de Sender vivía en el número 3 de la calle de Galo Ponte, al lado de la Audiencia, frente al lugar —evocó el escritor— donde el Quijote apócrifo celebró unas justas. Valentina murió a los treinta y pocos años de edad, casada, y Sender aún se cartea-ba con sus hijos.

4 de junio

El lunes, día 3, Sender tuvo su contacto multitudinario con los zaragozanos. El Ateneo lo había invitado a dar una conferencia, y el enorme salón del Centro Mercantil rebosaba de público. Nunca aquel escenario se había encontrado tan concurrido. Las fotografías del *Heraldo* en la crónica de quien esto escribe son bien elocuentes. El aplauso de recibimiento ofrecido al escritor fue apoteósico. Lo presentó el alcalde de la ciudad, Mariano Horno, que se entusiasmó y puso nervioso al auditorio con su largo parlamento. Y habló Sender, entre aplausos. Desgranó recuerdos zaragozanos, sin olvidar nunca a su Valentina —casi una fijación—, a la que no dejaron pasar por el manto del Pilar porque, a sus ocho años, era ya «vieja», lo que molestó tanto al precoz «novio». E incluso habló del hipotético tema de su conferencia, la irracionalidad del ser humano, en el que no fue fácil seguirle, pero que le granjeó al acabar un aplauso interminable.

Esta fue mi crónica en el *Heraldo* de la intervención de Sender en el Ateneo de Zaragoza, un acontecimiento ciudadano:

Sender en el Ateneo
4 de junio

El Ateneo de Zaragoza vivió ayer una de sus más memorables jornadas al ocupar su tribuna Ramón J. Sender, el gran escritor aragonés, de regreso a su tierra tras más de treinta y cinco años de ausencia. La expectación de los zaragozanos por ver y oír al autor de *Crónica del alba*, *Mr. Witt en el Cantón*, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* y tantas y tantas obras que sitúan a Sender en la primera fila de nuestros escritores

contemporáneos era grande, enorme, y ello se puso de manifiesto ayer con el gran salón del Centro Mercantil insuficiente para contener el numerosísimo público que había ido al encuentro de su presencia y su palabra. Nunca habíamos visto nuestro Ateneo lleno de tal forma, con gente de pie en los pasillos y sentada por el suelo, un público —en gran parte joven— que había ido allí a testimoniar al escritor su homenaje, su agradecimiento, su respeto. El apretado y contenido aplauso con que Sender fue recibido al llegar al estrado es uno de esos momentos que quedarán en nuestro recuerdo, y suponemos que en el escritor, imborrables para siempre.

En la mesa presidencial, junto a los miembros de la junta del Ateneo, el alcalde de la ciudad, Mariano Horno Liria, que se encarga de las palabras iniciales del acto. Expresa su satisfacción por tener a Ramón J. Sender sentado en aquella tribuna, y lo presenta como el novelista más importante de Aragón y una de las figuras más destacadas de la literatura nacional y universal, cuyo sentir aragonés ha quedado expresado en su obra con profundos acentos. El público está impaciente por escuchar al escritor y nuestro alcalde —no es ningún secreto— es largo en palabras. También es aragonés, y muy tenaz, y, pese a la inequívoca actitud del público —juvenil en gran número y, por tanto, poco afecto a ciertos formalismos— para que terminase, Mariano Horno —que dijo, por otra parte, cosas muy interesantes— no cedió la palabra ni el micrófono. Dijo casi todo lo que tenía previsto decir, como buen aragonés que no rebela.

Cuando se levanta Sender para iniciar su disertación el público le aplaude de nuevo largamente, con entusiasmo. Sus primeras palabras son de agradecimiento: al alcalde —manifiesta Sender su asombro de que los alcaldes ahora tengan «vena poética»— y a la Fundación Mediterránea, que lo ha traído a España, tras conseguir que sus libros que estaban «en cuarentena», cinco, no lo estén ya. Esto no supone que él haya puesto condiciones. Un hombre no debe poner condiciones a una nación. Pero consideraba incongruente el venir a España mientras sus libros no pudieran hacerlo. Ahora esos cinco libros serán autorizados. «Con esto quizás me he justificado a mí mismo —dice Sender— el regresar a mi patria. Porque no tienen ustedes ni idea de las noches que he soñado, como una criatura de once años, una España como la que estoy viendo». Añade Sender que la llegada a Zaragoza ha sido una sucesión de pequeños prodigios, el más grande de los cuales es el de este instante.

Antes de introducirse en el tema propio de su disertación, Sender habla a los zaragozanos de sus recuerdos zaragozanos, los de aquella Zaragoza que él vivió de adolescente cuando ya iniciaba su caminar por el mundo del periodismo y la literatura. Como sucedió el domingo en Huesca, Sender en el reencuentro con su tierra se reencontra a sí mismo, y sus remembranzas tienen esa vivencia de lo que está lejos y cerca a la vez, porque se ha llevado siempre guardado como un rescoldo que el aire y el sol de nuestra tierra común, el paisaje y el paisanaje, hacen volver a revivir. Sender habla de sus impresiones infantiles ante la presencia imponente de la gran puerta del Casino, del gran portero y de las grandes escaleras de mármol blanco; habla de su pariente el campesino cuando vino a la ciudad y él tuvo que acompañarlo, obligado a que se deslumbrase ante la gran ciudad («pero el campesino es el último que se sorprende, porque está muy alerta a que lo consideren un paleta»), y que acabó jugando en una casa de azar; habla de su novia de los diez años, Valentina, hija de un notario de Tauste, que tenía ocho y medio y que no la dejaron «por vieja» pasar por el manto del Pilar, asunto que Sender consideró una ofensa personal, porque aquella niña —aquella «mujer», puesto que él se consideraba un «hombre»— era una verdadera novia. Se confiesa Sender religioso, pero no de una ortodoxia en sus costumbres. Habla de los ejércitos que han creído tener a Dios en sus filas. Cuando dos ejércitos, cada uno con Dios en su bando, han luchado en medio de un pueblo diferente «han debido poner a Dios en situaciones muy difíciles». Nuestra vida —dice Sender— es fundamentalmente una vida muy irracional, y si nos salvamos es por una forma de fe. Así entronca con el tema de su conferencia, base —dice— de algunos de sus «modestos» libros.

Sender habla —como tema de su disertación— de la irracionalidad del ser humano. En el hombre existe junto a la lógica y la razón —la inteligencia racional— otra forma de inteligencia, el mundo del inconsciente, la inteligencia glandular, el mundo de las pasiones. El secreto del mundo, de su armonía, está en poner de acuerdo ambas inteligencias, en lograr una síntesis de ellas. Habla de este proceso en el individuo español, de un inconsciente muy fuerte y una lógica muy complicada, esencias que se ponen de manifiesto con rotundidad cuando el español se halla solo en medio de un pueblo diferente.

El español demuestra alguna clase de superioridad en su fondo instintivo de defensa. Es típico del español el negarse a aceptar ningún dogma y su impermeabilidad a cualquier influencia. Habla en particular Sender de algunos aragoneses en que este conflicto entre la inteligencia racional y la instintiva o pasional se ha hecho presente: Miguel Servet, Ramón y Cajal, Gracián, Goya. Dice Sender que la vida no es lógica y que el arte es menos lógico que nada. Lo lógico es, por ejemplo, la necesidad de fe religiosa. El culto a una forma de fe. El conflicto entre lógica e inteligencia glandular es el mismo y antiguo conflicto entre razón y fe, que ahora se hace más consciente. Hay que ir al equilibrio entre el mundo glandular y el mundo lógico, el inconsciente colectivo armonizarlo con la conciencia colectiva. Sender se refiere al terror atómico y señala la necesidad de ir hacia un mundo más humano, donde se cultive el arte de la convivencia. Hay que olvidar rencores, sañas, represiones, actitudes políticas irreconciliables donde predomina lo ganglionar y pasional frente a lo lógico. Hay que ir a la armonía y contribuir así a un mundo que, de otra forma, no tiene salvación.

Sender, al término de sus palabras, fue nuevamente aplaudido, durante largo rato, con un fervor en el que los zaragozanos han demostrado a Sender que está en casa, en su casa, que nuestra tierra es tierra de todos, y que él en esta tierra tiene su lugar y su puesto.

La presencia de Ramón J. Sender en el Ateneo fue un verdadero acontecimiento ciudadano.

5 de junio

El día 4 se reúne con la redacción del *Heraldo* en una comida en El Cachirulo. La mayor emoción procede de los colegas mayores —Pascual Martín Triep y Andrés Ruiz Castillo, que lleva la voz cantante en la mesa—, y obliga a don Ramón a intervenir con recuerdos y anécdotas de viejos conocidos de ambos. No faltan coplas alusivas con letrista de lujo, el escritor y médico Santiago Lorén, también presente en el ágape:

Tu raíz de Chalamera
en el Cinca la regaste.
Te hiciste hombrecico en Huesca
y en Zaragoza un pollastre.
Allá tú sí no te quedas,
aragonés trotaderas.

Embargado de emoción, Sender declaraba que estaba dispuesto a escribir en el *Heraldo* «mis impresiones sobre el reencuentro con mi tierra». Lo haría, y en los años siguientes realizaría una colaboración semanal con el periódico, luego publicada en los dos tomos de *Solanar y lucernario aragonés*. Por la mañana había hecho un «recorrido nostálgico» por las calles de Zaragoza y visitó el castillo de la Aljafería en compañía de la junta del Ateneo y con Antonio Beltrán como cicerone.

El suplemento dominical del *Heraldo* traía también artículos senderianos: el de Santiago Lorén sobre «Los grandes enfadados» y un comentario al *Réquiem por un campesino español* del joven escritor Luis Carlos Moliner, premio Ciudad de Barbastro de novela corta.

«Ustedes le han devuelto la salud», declaraba su acompañante, Luz Campana de Watts, a *Aragón/Exprés*, que asimismo trataba las jornadas zaragozana y oscense de Sender. Porque el día anterior, pese a ser domingo, había hablado también en Huesca, en el Hogar Cultural Genaro Poza, donde a lo largo de sesenta minutos, y de pie, una postura más cómoda para sus problemas de asma, habló de sus recuerdos de Huesca y del Pirineo. Juan Antonio Foncillas, en el *Heraldo*, comentaba las viejas amistades que lo saludaron: los antiguos redactores de *La Tierra*, el periódico en el que trabajó Sender de joven, José María Lacasa Escartín y Rafael Ferrer, la hija del escritor Silvio Kossti, María Cruz Bescós, las hijas del escultor Ramón Acín... «Sender, aplaudido a su paso por las calles oscenses», titulaba su crónica Alfonso Zapater, que no lo abandonó ni un momento. En su viaje de Zaragoza a Huesca paró en Almudévar, donde les hizo de guía el presidente del Ateneo zaragozano Mariano Tomeo, y Sender recordó al legendario Pedro Saputo, del que habla en *El verdugo afable*. Ya en la capital oscense, su primera visita fue para la casa donde vivió, en la calle de Sancho Abarca, 13. «Un vecino de Chalamera le llevó truchas pescadas en el río Alcanadre», decía la crónica periodística. Fueron unas jornadas de intensa emoción junto a sus paisanos y en su paisaje.

6 de junio

Sender, tras las intensas emociones de su tierra natal, regresa unos días a Barcelona, donde tiene familia, antes de su comparecencia en Madrid, anunciada para el día 10. En la información de su despedida de Zaragoza, «Ramón J. Sender, hasta luego» (*Heraldo*), Alfonso Zapater afirma que el escritor pasará los veranos en Aragón y que probablemente irá unos días a Mallorca invitado por Cela. Al día siguiente, el escritor Francisco Candel, presente en la Feria del Libro de Zaragoza, preguntado por quien esto escribe, declara sobre Sender: «Es el mejor novelista español actual, de la categoría de un Baroja. Un escritor que resistirá las modas» (*Heraldo*). En la página de «Las artes y las letras», Pablo Cistué de Castro escribe sobre «Sender y el Cinca».

9 de junio

El *Heraldo de Aragón* publicó una síntesis de la charla que el escritor había pronunciado el anterior domingo en la capital oscense con el título «El reencuentro de Sender con el Aragón de hoy». Estas eran sus palabras iniciales:

Lo que me ha sorprendido de veras y me ha encantado es ver que las llanuras que antes eran desiertas, la parte de Almudévar, por más arriba, ahora son casi vergeles,

y no solo eso, sino que hay pueblos nuevos, con nombres nuevos, donde todas las casas son nuevas, más bonitas que las de las aldeas americanas, con las ventajas de lo americano y lo inglés y las ventajas de lo español, que no son pocas.

Joaquín Costa aparece como inevitable referencia de esta conquista del agua, y también surge, como modelo de sabio, el nombre de otro ilustre paisano, Santiago Ramón y Cajal, y ambos como ejemplos regeneradores de la vida española. A Sender la España que veía en torno le asombraba. La lejanía seguramente había detenido una imagen de su tierra que ya no se parecía mucho a la actual, aunque desde aquí la realidad no se viera tan paradisíaca como la percibía el escritor.

El diario aragonés también traía en su suplemento dominical un artículo de Santiago Lorén titulado «Tortilla de patatas» que empezaba: «El meteorito ha pasado. Esa fuerza natural que es Ramón J. Sender se ha marchado». Y comentaba algunas anécdotas de la cena, en su casa, a la que invitó al escritor. Contó Sender que uno de aquellos días le habían llevado unas monjas un libro para que se lo dedicara y se sorprendía el escritor de que las religiosas, simpáticas y agradecidas por otra parte, fueran a leer sus libros. El colofón fue una frase por lo demás típica de la mentalidad mujeriega del aragonés: «En mis tiempos las monjas eran más feas».

Viaje a Madrid

Ya en Madrid, Pérez Gállego nos relata el coloquio que Sender mantuvo en el Ateneo madrileño, donde tampoco se oyó lo que se esperaba del viejo ateneísta. Estuvo también en TVE, y se recogieron algunas de sus frases: «Mi política murió en los campos de concentración de Francia». No en vano se esperaba a un rencoroso exiliado político y llegó un visionario anciano de vuelta de todo. José Oneto le dedica su crónica política en el *Heraldo* y, como otros, por ejemplo Francisco Umbral, también en el periódico zaragozano, manifiesta su decepción por los testimonios de Sender.

11 de junio

El *Heraldo* traía los elogios de Sender al escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, muerto el domingo anterior en la clínica madrileña de la Concepción, y Braulio —seudónimo de quien esto escribe— se lamentaba en sus «Esquinas de la ciudad» de que Sender no hubiera participado en la reciente Feria del Libro de Zaragoza, a la que tanto lustre habría dado. Pero la actualidad de Sender estaba en la capital española. El corresponsal del *Heraldo* en la Villa y Corte, José Pérez Gállego, titulaba «Madrid, con Sender», y subrayaba el gran recibimiento dispensado al escritor. Sobre su conferencia de prensa en el Ateneo madrileño, destacaba declaraciones como «Lo político desapareció para mí en los campos de Francia. Desde entonces trato solo de cultivar mi conciencia moral y social») o, a propósito de una pregunta del escritor Alfonso Grosso sobre su evolución política en todos sus años

de exilio, «Cuando salí de España se enterraba a José Garcés, mi *alter ego* en tantas de mis obras; el hombre que nació después ha sido un trotamundos con una identidad falsa». Sobre sus deseos para una residencia futura, señalaba Sender: «Las primaveras, en Barcelona; el verano, en mi país aragonés; el otoño, en Madrid». Francisco Umbral, en la última página del *Heraldo*, se mostraba ya displicente con el escritor, aunque no tanto como se ha descubierto en su último libro, *Madrid, tribu urbana*, donde también arremete contra otras figuras del exilio. Tras afirmar, creo que facilonamente, que Sender estaba en la «línea posrealista de los herederos de Galdós», decía que el escritor traía «algo de indiano de las letras, como todos los exiliados», para añadir, poniéndolo en otra boca: «Alguien me dice que lo encuentra ya un anarquista un poco blando. A los setenta años no hay anarquista que aguante el tipo». Y concluía lapidariamente: «Sender ha vuelto y no ha pasado nada. Y además vuelve arrepentido». Umbral había asistido a un almuerzo con Sender en un restaurante del parque del Oeste de Madrid en el que estuvieron numerosos representantes del mundo de las letras: Delibes, Ridruejo, Sánchez Ferlosio, Castillo Puche, García Pavón, José Vergés, Pepe Lozano, Hipólito Escolar, Fernández Santos, Torrente, su admirada Carmen Laforet, Augusto Assía, Baltasar Porcel, Buero Vallejo...

El adiós 13 de junio

El *Heraldo* recibía el día 12 al mediodía una llamada de Sender, que comunicaba su regreso a Estados Unidos y su gratitud por las atenciones recibidas. A las 13:45 salía del aeropuerto de Barajas. «Marcho a recoger los papeles de mi casa de San Diego. Solo por unos días. Es posible que menos de un mes», afirmó con un pie en el estribo.

Dos años después: el segundo regreso

Pero tardaría dos años en volver, y solo por unos días. El 26 de mayo de 1976 Ramón J. Sender hacía su segundo regreso a España, también en compañía de la señora Luz Campana de Watts, que en 1976, precisamente por aquellos días de su vuelta, publicaba en Destino un libro sobre el primer regreso senderiano, *Veintiún días con Ramón Sender en España*. Fue a Madrid para grabar un programa televisivo, *A fondo*, con el periodista radiofónico Joaquín Soler Serrano; pasó por Calatorao a instancias de de Genero Poza, y allí entregó al escritor Gabriel García-Badell el premio de periodismo que *Aragón/Exprés* instituyó con su nombre; recaló en Zaragoza, en el hotel Corona de Aragón; visitó su pueblo natal, Chalamera, sin duda lo más emotivo de aquel viaje, que sería contado en el *Heraldo* por Ana María Navales; fue a Barcelona, donde se entrevistó con sus editores, y salió de nuevo hacia su San Diego. Declaró que veía con optimismo la situación política española: «Esto marcha y

marcha deprisa, y no marcha mal», me dijo en una habitación del Corona convertida en sala de audiencias.

Una entrevista en el *Heraldo de Aragón*

1 de junio de 1976

Ramón J. Sender me recibe en la habitación donde se hospeda, enfundado en un albornoz de baño. Son las diez de la mañana de su primer día de estancia en Zaragoza. Dentro de un rato emprenderá viaje a Chalamera, su pueblo natal, donde recibirá el cordial homenaje de su vecindario, en una de las jornadas más emotivas de la vida del escritor, según él mismo confesará más tarde. La entrevista ha de ser por ello obligatoriamente breve, mucho más breve de lo que hubiéramos deseado. Sender no acusa el cansancio de su ajetreada jornada anterior. Sus palabras son firmes, recias. Solo un ligero rumor asmático pone pausas a las respuestas.

—¿Cómo ve la situación española? ¿Qué diferencias observa desde su primera visita?

—Esto marcha y marcha deprisa, y no marcha mal. No tienen motivo de alarma. Naturalmente los trabajadores quieren sentir la diferencia y las facilidades de un régimen democrático. Pero si hay algún desequilibrio y confusión es natural, y siempre sucede en la historia que después de un interregno el reajuste es difícil y todos quieren ir un poco demasiado deprisa. Pero las aguas vuelven a su cauce natural y se forman situaciones estables y razonables.

—¿Cómo es políticamente Sender?

—No soy republicano ni monárquico. Solo un hombre que escribe lo que siente y lo que piensa. Pero me gusta ver que hay paz y, en refrendo de la paz, una tendencia justiciera a favor de los humildes.

—Se suele acusar de un cierto conformismo a los hombres que vuelven del exilio...

—A todos les extraña que nosotros, los exiliados —extremistas en otra época—, parezcamos tan conformistas ahora. Sin embargo, para un aragonés no hay ninguna incongruencia en eso, porque también hemos tenido en Sobrarbe reyes que eran de elección popular y que no basaban su autoridad en la represión, ni en lo que llamamos ahora lucha de clases y privilegios, porque en los primeros tiempos de Sobrarbe los condados y ducados de Luna y Villahermosa y otras casas de nuestra vieja historia no representaban más clase que la que se ganaba en los combates contra los moros. El feudalismo apenas si existió en España y hasta el siglo xv tuvimos reyes que no creían en las clases sociales. No nos choca ahora oír que Juan Carlos dice que quiere hacer una España sin clases sociales, lo que a todos nos parece muy bien. Y esto, que parece un milagro, podemos hacerlo todos los españoles de buena voluntad. Aparte de que siempre ha habido milagros y ahora precisamente vivimos en una era más propicia que nunca a los cambios en materia de orden social, político y económico, verdaderamente imprevisibles.

—¿Cómo ve la situación política del mundo?

—Los Estados Unidos tienen una tendencia a la socialización muy liberal y de fondo revolucionario, basada en el beneficio del individuo, obrero y capitalista. Rusia no tiene nada parecido. Su régimen es una nacionalización y una institucionalización de la esclavitud. En Rusia hay doscientos cincuenta millones de esclavos. En el mundo occidental los obreros no conocen la esclavitud y hay una tendencia no a la nacionalización, sino a la progresiva socialización. Incluso en España se dan casos interesantes de cooperativismo, y, según estadísticas, hay más de nueve mil cooperativas, lo que es impresionante.

—¿Cuál ha de ser la posición de España en el concierto mundial?

—Hoy no hay opción para una potencia de segundo grado como España sino en el mundo libre de Occidente, con el respeto para las determinaciones del individuo dentro de la sociedad y de la sociedad dentro del Estado, y no en la esclavitud oriental de los tiempos de Gengis Kan y de los tártaros. La esclavitud en nombre de la nación o la libertad laboriosa en nombre de la vida.

—¿Cómo ve el espíritu liberal en España?

—España tiene tradición liberal, a pesar de la Inquisición. Aragón protestó contra la Inquisición y fue a Roma a protestar al papa. Incluso entre delincuentes se decía aquello de «negar, negar, que en Aragón estás», porque estaba prohibido el uso de la violencia y la tortura para obtener confesiones.

—¿Hay razones para ser optimista?

—España, dentro del mundo occidental, tiene una posición clara y fácil, y Aragón, dentro de España, más clara y más fácil, a pesar de la situación de pobreza que los campos y la industria agropecuaria atraviesan. Sí, hay razones para ser optimistas.

—A un nivel personal, ¿qué diferencia de impresiones tiene entre su primera y su segunda visita a España?

—Ahora me encuentro absolutamente libre, y antes, cauciosamente cuidadoso y constantemente vigilado. Pero el amor del pueblo me dio una sensación de total seguridad. Fue muy agradable ver que hay hombres muy conservadores (Ricardo de la Cierva, por ejemplo), pero de la escuela clásica española: liberales conservadores, en cuya especie Aragón ha sido siempre muy rica, con figuras cumbres y grandes próceres.

—Hablemos un poco de libros ¿Qué escribe últimamente?

—He terminado una novela, *La efemérides*, de ambiciones filosóficas, con algún toque surrealista. Y voy a preparar *Monte Odina*, que es el nombre de la finca de unos amigos míos, entre Monzón y Selgua, a quienes he querido siempre mucho. Será un libro autobiográfico y con análisis crítico de lecturas. Por otra parte preparo para Destino mis obras completas. Dos volúmenes saldrán este año, y tres en el próximo. Cada volumen tendrá unas cuatrocientas páginas. Quiero también mencionarle el libro que la doctora Luz C. de Watts acaba de publicar sobre mi anterior estancia aquí: *Veintidós días con Sender en España*.

Hemos de terminar ya la charla. Surge el tema de la cultura en Aragón y Sender me dice:

—La cultura es cada día más universal y debe interesarnos tanto Aragón como China. Vivimos en un mundo cada vez más pequeño. Las culturas de los pueblos son distintas, pero las gentes son iguales y los problemas son los mismos en todas partes.

Juan Domínguez Lasierra

La visita a Chalamera: una crónica del *Heraldo de Aragón*, por Ana María Navales 1 de junio de 1976

Ramón J. Sender, en Chalamera

Emotiva jornada la del domingo en Chalamera. Ramón J. Sender, nuestro gran escritor residente en San Diego (California) y durante tantos años ausente de su patria, quiso, con ocasión de su segunda visita a España, recorrer las calles de su pueblo natal, abrazar a sus paisanos y ver la ermita donde fue bautizado. Y Chalamera entera vibró de entusiasmo por este ilustre hijo suyo. La plaza Mayor llevará desde ahora el nombre de Ramón J. Sender, y la casa donde naciera —hoy en ruinas— va a ser convertida en Casa de la Cultura, con el propósito de guardar permanente recuerdo de la obra de nuestro

aragonés universal. Sender se emocionó y emocionó a los suyos. Vio su partida de nacimiento; besó —entre lágrimas— una colcha que hiciera su madre y que manos amigas guardan con amoroso cuidado; firmó libros; comió en compañía de muchos vecinos y presencié un festival de canto y baile que le obligó, en muchas ocasiones, a llevarse el pañuelo a los ojos. Sender, una y otra vez, dio las gracias a sus paisanos. La jornada del domingo será, sin duda, imborrable en el recuerdo de Sender y en el recuerdo de Chalamera. Como lo será también para quienes tuvimos la ocasión de vivirla.

Camino del hotel Corona de Aragón, la mañana del pasado domingo, iba yo pensando en Sender escritor, en si realmente *La efémerides*, que terminó en abril, sería su última novela y solo escribiría ya ensayos, como en una ocasión me había dado a entender, o si esta sería únicamente una decisión momentánea hasta que un nuevo tema, una nueva idea, caminase junto a él insistentemente y no tuviese más remedio, para librarse de ella, que convertirla en una buena historia. Pero no pude aclararlo, ni tampoco tiene demasiada importancia, novela más o menos, en el total de la vasta obra de nuestro escritor universal.

Tras el doble abrazo de bienvenida, ahora que trato de ordenar mis impresiones de la jornada vivida junto a Sender, la primera sorpresa fue comprobar su conocimiento de la literatura aragonesa más actual, el que los nombres de amigos escritores le fueran familiares, sin necesidad de ayudar su memoria, lo que demuestra que a miles de kilómetros se puede estar tan cerca de Aragón como nosotros mismos.

—¿No te atreverás a ir hasta Chalamera?

—Claro que me atrevo.

Y fuimos con Gabriel García Badell —a quien la tarde anterior, en Calatorao, Sender había hecho entrega del premio que lleva su nombre— y su esposa, Edith.

En Chalamera, villa, que no aldea —puntualizó Sender—, donde nació, el escritor iba a ser objeto del homenaje de todo el pueblo, que esperaba su llegada en la plaza Mayor. Plaza que, desde el pasado domingo, y por acuerdo del Ayuntamiento, llevará el nombre del ilustre escritor aragonés.

Dos vigías, en el campanario de la iglesia, miraban hacia la carretera, y los coches que iban llegando eran escrutados minuciosamente antes de lanzar las campanas al vuelo. Aunque había salido de Zaragoza el primero, el coche en el que viajaba Sender, acompañado de Luz C. de Watts, pendiente siempre del escritor, llegó el último, tal vez porque la impaciencia impidió al resto de la comitiva hacer ninguna parada dilatada en la carretera.

Los aplausos y vivas al escritor, a su llegada, ahogaron el sonido de las campanas de la iglesia. Sender abrazó y saludó a cuantos le rodeaban, y más tarde diría que, al llegar a la entrada del pueblo, y ver el nombre de la villa, se conmovió como nunca en su vida.

Mientras el escritor se dirigía al micrófono instalado en el balcón de una de las casas que miraban a la plaza, recordé uno de los fragmentos de las *Memorias bisiestas* de Sender: «Vivir de veras solo vivimos los que creemos tener conscientemente un pie en lo histórico y otro en lo eterno. Sin tratar de entender ni lo uno ni lo otro». Y yo, que soy de los que creen que la vida y la obra de Sender están íntimamente ligadas, pensaba que, si él había afirmado que, a pesar del tiempo que había corrido detrás de sí mismo, «no he podido alcanzarme aún, aunque a veces he andado cerca», aquella era quizá la ocasión en que Ramón J. Sender, escritor, estaba más cerca de sí mismo.

El alcalde de Chalamera, Joaquín Forcada, dio a Sender la bienvenida, «tras muchos años de ausencia de esta tierra, que tan bien has explicado en tus libros», deseándole que pasara unas horas felices en su pueblo natal, en un día de fiesta y de alegría por su visita. Anunció que sobre la casa donde nació Sender, hoy casi totalmente derruida, se construiría en un futuro la Casa de la Cultura y allí se conservarían todos sus recuerdos. «Chalamera es tu casa y aquí la tienes», dijo, expresando el deseo de que aquella no fuese la única vez que el escritor visitara la villa donde nació.

Sender dio las gracias a sus paisanos y empezó diciendo que no iba a hablarles como catedrático ni como político o escritor, sino como «un crío de Chalamera». Los aplausos cubrían los silencios que se producían por la emoción y la voz quebrada resurgía potente explicando que había caminado por todas las encrucijadas del mundo, pero había sobrevivido, y siempre había recordado Chalamera como ese rincón ideal que aparece en los sueños cuando uno está metido en problemas, cuando uno se encuentra en instantes de dolor o placer en que la naturaleza vuelve al momento del nacimiento.

Precisamente iba a ser mostrada a Sender su partida de nacimiento. Dijo que entonces estaría seguro de haber nacido allí, y «me sentiré orgulloso en este planeta, cada vez más confuso, más caótico y más fuera de su órbita». Añadió que, aparentemente, sus paisanos no iban a darle nada práctico, «pero no hay nada tan práctico en la vida como el cariño», y el hecho de que dieran su nombre a la plaza Mayor era la gloria más grande que había recibido a lo largo de su vida.

Los aplausos y los vivas a Sender se repitieron una vez más. «Entre yo y el eco de vuestro nombre, la nada», es otra frase de las *Memorias bisiestas* del escritor, cuyo final, después de sus palabras y de la jornada vivida en Chalamera, tal vez habría que cambiar. La nada que uno puede sentir lejos de sus raíces, por el cariño de todo un pueblo que emociona en el reencuentro con su origen.

El propio Sender diría después que el hombre del campo es el hombre natural y el pueblo lo identifica a uno consigo mismo.

En la misma casa desde la que habló el escritor le enseñaron una colcha que había hecho su madre y Sender la besó emocionado. El hecho inspiró a Patricio Borobio una jota que más tarde sería cantada en su honor:

Si te vuelves a marchar
y te quedas en San Diego,
no olvides esa colchica
en donde has dejado un beso.

Después de este acto en la plaza tuvo lugar la comida en la escuela. Entremeses, ternasco asado a la brasa, al aire libre, con vino de la tierra y fruta. Sender, sentado entre el alcalde y Luz C. de Watts, agradecía las continuas muestras de afecto de sus paisanos, que ocupaban todo el recinto.

Uno de los muchachos escribió en la pizarra del improvisado comedor una frase de Sender: «Para mí no existe la nación, sino el territorio, y el mío es Aragón y a él me atengo». Los aplausos sonaron una vez más. Después, todo el mundo, con su copa en la mano, escuchó el brindis del escritor: «Viva Chalamera, con sus dos ríos y sus doscientas muchachas bonitas».

Jesús Vived, uno de los estudiosos más atentos de Sender, comentó que uno de los aspectos que sería interesante investigar en su obra es la idea de la mujer. Quizá se haya realizado en alguna tesis de las muchas que sobre nuestro escritor aragonés se presentan en las universidades norteamericanas, o el tema haya sido tratado por Michico Nonoyama, una japonesa exacta, tremendamente responsable en su trabajo, que ha escrito un libro sobre Sender. Ella no solo tuvo largas conversaciones con el escritor, sino que incluso vino a España, llegó hasta Chalamera, y sería extraño, siendo mujer tan minuciosa en su trabajo, que la idea se le hubiera escapado. Solo que, lamentablemente, su libro se publicará en japonés y, como decía Sender, «yo no podré leer nunca el libro: escriben de derecha a izquierda, con garabatos del Paleolítico Inferior». Nosotros tampoco, y es lástima.

De todas formas, el brindis y nuestra conversación inspiraron a Patricio Borobio otra jota que, después de la comida, se cantaría en honor de Sender:

No seas cosmopolita
y quédate en Chalamera,
que aquí tu gente te quiere
y aquí las mozas te besan.

En la plaza del pueblo, sobre un tablado, actuó la Rondalla de Nuestra Señora de la Piedad, de Almunia de San Juan. La jota, en su doble acepción de canto y baile, emocionó repetidas veces al escritor. Y, además de las jotas de Borobio, sonaron como homenaje a Sender, en la voz recia de Aragón, estas otras dos:

Canto con el alma entera
a don Ramón José Sender
porque le quieren de veras
los hijos de Chalamera.

A don Ramón José Sender,
escritor de gran talento,
hoy le canta Chalamera
por ser hijo predilecto.

El escritor aplaudió con fuerza, se emocionó vivamente y dio una vez más las gracias a sus paisanos por el entrañable homenaje que le habían ofrecido. Antes de dejar Chalamera visitó también la ermita, a las afueras del pueblo.

En esta jornada de homenaje a Sender en su pueblo, donde es imposible improvisar la compra de un libro, me sorprendió —hoy que nos quejamos de la escasez de lectores— la cantidad de libros que le fueron presentados a la firma. Los más diversos títulos de la obra del escritor aragonés, que evidenciaban más de una lectura, estaban en manos del hombre del campo, de las sencillas gentes de Chalamera. Un niño de unos diez años captó su lección de literatura viva presentando a Sender su «consultor», de quinto de básica, para que estampara su firma bajo su fotografía, en la página en que se refieren al escritor aragonés.

No pueden resumirse en un solo comentario todos y cada uno de los aspectos de la visita de Sender a su pueblo natal. Allí están los nietos de su madrina, doña Rosenda Castellón de Villas, que conservan aún una postal que el escritor envió a los doce años desde Tarragona para felicitarla. Una tarjeta escrita con una cuidada caligrafía, con una letra impersonal, que dista mucho de la que actualmente tiene Sender, pero que ha estado guardada más de sesenta años, como tantas otras cosas en Chalamera. Una postal que lleva la imagen de Cristo con la cruz a cuestas.

Sender, antes de salir de Chalamera, se ofreció a sus paisanos en San Diego o en Palma de Mallorca. La alusión a Palma la hizo varias veces, y no accidentalmente, como un lugar que tal vez visite en esta ocasión, sino como una posibilidad de afincamiento, creemos. Como algo en lo que piensa y a lo que no se ha determinado aún.

Aragonés que ha conservado su carácter, él mismo en el prólogo de *Los cinco libros de Ariadna* afirma: «Me ha ayudado hasta hoy el repertorio de valores más simples y primarios de la gente de mi tierra. No del español de la urbe [...], sino tal vez del campesino de las tribus del norte del Ebro, en la parte alta de Aragón [...]. Soy probablemente [...] un ibero rezagado. El serlo no representa mengua ni privilegio. Es así, no hay quien lo remedie, y a mí no me parece malo».

Ana María Navales

A la tercera no va la vencida

Aún volvería una tercera vez Sender a España, unos meses más tarde. El 13 de octubre de aquel mismo año llegaba a Madrid para presentar su novela *La efemérides*, lo que hizo al día siguiente en el Palacio de Exposiciones y Congresos. «Mi

libro es un espejo moral, espiritual y metafísico del momento que todos estamos viviendo», confesaba a la agencia Cifra. Había sido publicado, con gran alarde publicitario, por una nueva colección, Libro-Revista Semanal, de Sedmay Ediciones, con una intención claramente popular y una presentación editorial excesivamente rústica. Pero no era una novela que sintonizase con propósitos comerciales (José Pérez Gállego, en el *Heraldo* del día 16, la calificaba de «negra premonición de una espantosa catástrofe atómica a escala mundial»), y la gran operación resultó un gran fiasco. Todo en aquella visita lo fue. Sender ya no vino acompañado de Luz Campaña de Watts, que había sido en los dos viajes anteriores su ángel protector, sino de un periodista oscense, Jesús Fonseca.

El día 20 los periódicos anunciaban que el escritor había acudido a Palma de Mallorca invitado por Camilo José Cela para pasar unos días de descanso. Y se hablaba, nuevamente, de que el exiliado aragonés se afincaría definitivamente en la isla mediterránea en la primavera del 77. Pero en la casa de Cela Sender se rompió primero un tobillo y posteriormente, durante una cena con diversos amigos, tuvo una soberana discusión con el escritor gallego que lo obligó a abandonar precipitadamente la casa de su huésped. Unas invectivas de Cela contra los Estados Unidos provocaron una airada reacción de Sender, que, según cuentan los testigos, cogió el mantel de la mesa y volcó todo lo que allí se encontraba. El día 29, un Sender acuciado por el asma, escayolado y con bastón llegaba a Zaragoza en un tren procedente de Barcelona. Venía a firmar ejemplares de *La efemérides*, al día siguiente, en Galerías Preciados. En su habitación del hotel Corona de Aragón recibió, sin embargo, a amigos y periodistas, entre ellos, el que esto escribe. Esta vez su sorprendente muletilla fueron los voluntarios de la paz: «La salvación de España podría consistir en crear un ejército de voluntarios por la paz», afirmaba, o «Mi partido está por constituirse y su destino consistiría en el voluntariado de la paz». Unos días antes se había proclamado «prolibertario, prosocialista y procristiano» frente a los que lo tachaban de anticomunista. En la madrugada del viernes al sábado tuvo varios ataques de asma, hasta el punto de alarmar a sus acompañantes. En el *Heraldo* del domingo, día 31, Alfonso Zapater señalaba: «Sender, enfermo. Ha tenido que suspender sus actividades y se dispone a regresar a California. Ayer padeció cuatro ataques de asma, que hicieron necesarios los cuidados médicos». Y añadía la crónica: «Un viaje con demasiadas emociones y también con demasiados incidentes desagradables». Ese mismo domingo Sender emprendía precipitadamente viaje a Madrid y desde allí partía en vuelo a Los Ángeles. No volvería.

Sender había escrito un cuento terrible de otro regreso, «El regreso de Edelmir», en el que otro indiano, este no de las letras, también tenía que enfrentarse al duro paisanaje de su tierra, a la áspera e implacable realidad, lejos de los sueños de la distancia. Su colaboración con el *Heraldo* entre 1974 y 1979 con aquellos artículos reunidos luego con el nombre de *Solunar y lucernario aragonés* fue una forma de volver definitivamente, de estar en su tierra, de soñarla mejor desde la lejanía. Murió solo, en su pequeño apartamento de San Diego (California), en la 15th Street, en la madrugada del 16 al 17 de enero de 1982. Fue incinerado y sus cenizas arrojadas al Pacífico.

SENDER, FIRMA DEL *HERALDO*

Y llegamos a la verdadera relación de Sender con el *Heraldo de Aragón*.

En 1974, como consecuencia de los contactos personales que tuvo con el *Heraldo*, inicia su colaboración fija con el periódico. Aquella comida en El Cachirulo con Pascual Martín Triep y Andrés Ruiz Castillo como coetáneos cómplices fue decisiva para lograr una colaboración que se formalizaría en una larga serie de artículos que el diario publicó desde junio de 1974 hasta octubre de 1979. Sender había cumplido tal vez aquel sueño de pertenecer al *Heraldo* que pudo tener en su juventud, cuando acudió a los certámenes literarios del periódico de los años 1923 y 1925. El primero de aquellos artículos de su regreso a las páginas del periódico (23 de junio de 1974), su presentación ante los lectores, no puede llevar un título más sugerente, «Reanudar una antiquísima relación», y tiene un contenido verdaderamente emocionante para la historia del periódico:

Escribir al director del *Heraldo de Aragón* es como reanudar una antiquísima relación. Desde los tiempos del señor Mompeón Motos y de Manuel Casanova hasta hoy mismo, el nombre del periódico va unido a mis recuerdos más remotos. Recuerdo con emoción que tuve ocasión de intervenir en una gestión que durante los tres años de triste memoria salvó la vida de Manolo Casanova, quien por cierto había sido en los tiempos de nuestra convivencia en Huesca una especie de colega discrepante-cordial-receloso-rival-irascible-benévolo (yo era mucho más joven que él), circunstancias todas que llegaron a cristalizar en una verdadera amistad a medida que la vida y la experiencia hicieron madurar nuestro complicado sistema de valores.¹

Recuerdo con gratitud que en un concurso de *Heraldo de Aragón* (por los años verdes de mi agitada adolescencia) me dieron el premio de poesía. Yo era muy joven y ese premio me estimuló a seguir por la senda que después ha marcado y definido mi destino.

Además había un poco de dinero (trescientas pesetas), que en aquel tiempo y en mis 17 años no era ninguna broma.

Luego colaboraba ocasionalmente en el *Heraldo*, que era, y sigue siendo, según creo, el decano de la prensa zaragozana, heredero del famoso *Diario de Avisos*, cuya colección es sin duda en las bibliotecas un curioso documento de referencias históricas y costumbristas. Un pequeño museo.

Tuve ocasión de conocer al profesor señor Horno Liria, tan entendido en bellas artes, y con él a otras personalidades relevantes de la cátedra y de la prensa. No quiero dejar de citar a mi colega Santiago Lorén, en cuya casa pasamos algunas horas de amable discretear sobre personas y cosas, y querría citar otros muchos nombres de nuevos amigos y antiguos compañeros, pero harían interminables estas líneas. Por el momento, basta decir que agradezco a todos su bondadosa hospitalidad y que me gustaría recordar las mejoras que los arquitectos urbanos han hecho en la ciudad con un amoroso cuidado de estilos y proporciones. Zaragoza es hermosa y está creciendo fabulosamente.

Durante mi viaje a Huesca acompañado de algunos miembros de la Fundación General Mediterránea, que tan gran labor está haciendo por la cultura y por la armoniosa convivencia de los españoles de todas las tendencias, pude observar que lo que ayer era desierto estepario es hoy ya tierra cultivada y a veces verdadero vergel. Si algunas aldeas

¹ Sender se refiere al apresamiento y la encarcelación por las tropas republicanas de Casanova, director del *Heraldo*, cuando informaba en el frente bélico junto al fotógrafo Marín Chivite.

de origen castrense medioeval o anterior incluso a la era cristiana van desapareciendo por falta de condiciones naturales de vida, en cambio poblaciones nuevas se levantan al paso del agua de Riegos del Alto Aragón, empresa nacida de la iniciativa de nuestro genial paisano Joaquín Costa e iniciada durante la monarquía de Alfonso XIII.

Tras unas referencias a Ontinar y Fraga («desde la Fraga que yo recuerdo hasta la de hoy parecen haber pasado siglos de progreso»), hace estas hermosas y serenas reflexiones:

El miedo y el odio se inflaman fácilmente. El uno actúa de detonador del otro. Supongo que igual que yo he regresado por vez primera desde hace treinta y seis años y he sido recibido en todas partes con los brazos abiertos sucedería con todos los demás exiliados. Todo depende de la nobleza del corazón y de la inteligencia y capacidad de comprensión.

Doy las gracias a Zaragoza por la cordial acogida que me dispensó y que revela hasta qué punto la mayor parte de los españoles, libres de rencores y fobias funestas, están dispuestos al entendimiento y concordia en los mejores planos de la creación de un mañana mejor para todos.

He escrito sobre Aragón y seguiré escribiendo si Dios quiere las páginas menos malas de mi obra. En esa obra colaboran todos ustedes sin darse cuenta, porque el escritor y el artista son hijos de la atmósfera social que los produjo y los rodea. Gracias a todos.

El texto está firmado en San Diego (California).

En 1978 las Ediciones de Heraldo de Aragón se inician con *Solanar y lucernario aragonés*, recopilación de los artículos de Sender publicados en el periódico desde 1974, que tendrán un segundo tomo, *Segundo solanar y lucernario*, en 1981. Sobre su obra en el *Heraldo* se han escrito ríos de tinta. Antes y después de su regreso, antes y después de ser un colaborador fijo. Como Costa, como Cajal, como Cavia..., Sender es uno de esos nombres ligados indeleble y cordialmente a la historia del *Heraldo*.

TRES TEXTOS SOBRE SENDER EN EL *HERALDO DE ARAGÓN*

Sender versus Buñuel

En junio del 79 Sender hace unas declaraciones al diario *Informaciones* de Madrid donde arremete contra Luis Buñuel, demostrando que los años no han mermado las antiguas diferencias existentes entre ambos ilustres paisanos. A esas declaraciones contestó Joaquín Aranda, crítico cinematográfico del *Heraldo* y relacionado familiarmente con el cineasta (casado con una sobrina de don Luis, Cuchicha Buñuel). La réplica de Aranda en el diario zaragozano está fechada el 1 de julio bajo el título «Querido señor Sender» y aquí la transcribimos:

Querido y admirado señor Sender:

Con infinita consternación he leído unas declaraciones tuyas, publicadas en el suplemento dedicado a las artes y las letras del diario *Informaciones* de esta semana, en que usted se refiere a Luis Buñuel.

El mayor motivo de consternación es que uno de los más grandes artistas aragoneses —que es usted— ataque tan despiadadamente a otro de los más grandes artistas aragoneses —que es Luis Buñuel—. Le aseguro a usted que muchos aragoneses hemos

colocado una al lado de la otra, por su significación y sobre todo por lo que significó para nosotros, en tiempos de los que más vale no acordarse, su obra y la de Luis-Buñuel. A ambos, a usted y a Luis Buñuel, les hemos profesado idéntica admiración y un profundo respeto. A ambos los consideramos como hitos fundamentales de la cultura aragonesa.

Por eso, a muchos les dolerá infinitamente —como a mí— lo que usted dice de Buñuel.

Son sus opiniones, claro, y uno no es quién para discutir las, pero sí me siento en la obligación de hacer algunas observaciones que me parecen de justicia.

Empieza usted, querido señor Sender, diciendo que «Buñuel no sabe nada de surrealismo, y lo poco, si sabe, lo aprendió de Dalí». Tal afirmación cae de lleno, a mi modo de ver, en la esfera de lo indemostrable, aunque usted pueda haber formado su opinión en su trato personal con Buñuel o con Salvador Dalí. Respecto a esta cuestión, yo solo puedo aportar unos datos muy humildes: Patrick Waldberg, en su libro *Le surréalisme*, asegura que «Buñuel se unió al movimiento surrealista en 1928», y poco después, hablando de Dalí, que el gran pintor catalán «después de sus fases futuristas y cubistas entró en las filas del surrealismo en 1929», lo cual hace sospechar que, aunque Dalí le enseñara a Buñuel «lo poco que sabe del surrealismo», es muy probable que fuera Buñuel quien llevase a Dalí a dicho movimiento, y no al revés.

Por lo que hace a si Buñuel sabe o no algo del surrealismo, su opinión, querido señor Sender, no es unánimemente compartida, ni muchísimo menos. Como tampoco lo es la tesis de que a Buñuel su primera película «se la hiciera Dalí». Lo cierto es que en cualquier filmografía sería la realización de *Un chien andalou* se atribuye exclusivamente a Buñuel, y el guión, a Buñuel y Salvador Dalí conjuntamente.

Y por volver a la cuestión de si Buñuel sabe o no del surrealismo, basta con consultar el diccionario *Le surréalisme*, de José Pierre, un texto por lo demás elemental, casi escolar, para encontrarse en la primera entrada con un artículo sobre «L'âge d'or» donde se recoge una declaración de André Breton diciendo que esa película es «el único film surrealista, hablando con propiedad». En la misma entrada se asegura que «la parte de Dalí es en él infinitamente más pequeña que en *Un chien andalou*. Para un hombre que «no sabe nada del surrealismo», tendrá que reconocer que la hazaña es poco menos que milagrosa, a no ser, claro está, que se niegue a André Breton la capacidad de apreciar y enjuiciar si una obra es surrealista o no.

Otra de las cosas que usted dice de Luis Buñuel es «que tuvo una mamá rica y después quiso hacer cine». Espero que no se trate de un reproche lo de la mamá rica: nadie elige a su madre, y en todo caso ese defecto de doña María Portolés, el de su riqueza, fue generosamente compensado, según he oído decir, por una elegancia espiritual, una bondad y un altruismo que llegaron a ser casi legendarios.

Lo de que «quiso hacer cine», y usted me perdonará, querido Sender, parece indicar que se trató de un capricho de niño pudiente de Luis Buñuel sin más consecuencias.

Más exacto, quiso hacer cine y lo hizo: quiso hacer muchísimas películas, entre las cuales hay una docena, además de las que, según usted, «le hizo Dalí», que han sido común y universalmente aceptadas como obras maestras del séptimo arte, y que están en la memoria de cualquier cinéfilo medianamente enterado: *Tierra sin pan*, *Nazarín*, *Él*, *Viridiana*, *Tristana*, *El ángel exterminador*, *Los olvidados*, *El discreto encanto de la burguesía...*, títulos que forman un formidable corpus cuya importancia y categoría artística han sido reconocidas universalmente, y que son famosos en todo el mundo, de Buenos Aires a Tokio y de Nueva York... a Moscú.

Respecto al comunismo de Buñuel, por lo que mí me ha dicho él mismo, es pura fantasía. Buñuel me ha asegurado personalmente que jamás perteneció al Partido Comunista, cosa que por otra parte no tendría ninguna importancia, pues salo para ciertas dictaduras eso no es ni delito, ni nada deshonroso, a no ser que se confunda comunismo y estalinismo, que, evidentemente, no son la misma cosa. Y, desde luego, de lo que sí estoy completamente seguro es de que Buñuel no es estalinista. Lo del comunismo de Buñuel

lo propaló Dalí con la más aviesa intención, y le costó a Buñuel ser expulsado del Museo de Arte de Nueva York, donde había encontrado ese trabajo que tan desesperadamente necesitaban los exiliados españoles, dejándole en una situación cuya angustia, usted, querido señor Sender, estoy seguro que sabe apreciar mucho mejor que yo, puesto que usted también la ha sufrido. Yo no sé, por otra parte, si los rusos le dan a Buñuel o no un poquito de publicidad: lo que sí me consta es que se la dan —y no a poquitos— los mejores cineastas de todo el mundo, y no pocos de los más destacados intelectuales españoles, que le consideran como un maestro indiscutible. Por ejemplo, Joaquín Casaldueiro, que en un estudio donde pone la obra de Luis Buñuel al lado de la de un Galdós o un Valle-Inclán. Y no digamos nada de las numerosísimas monografías que le ha dedicado la crítica cinematográfica española, francesa, inglesa, norteamericana, alemana, italiana, sudamericana, no sé si la de la Unión Soviética, pero me consta, en cambio, que también lo ha hecho la japonesa. No parece, por ello, que a muchísima gente Luis Buñuel le parezca, como se lo parece a usted, «un retrasado mental». Ni parece que haya gran fundamento para calificar de «frustrado» a un hombre que ha alcanzado semejante reputación mundial («mundial») y cuenta en su haber con la inmensa mayoría de los más importantes galardones cinematográficos del mundo, a quien le dedican ciclos de estudio los institutos de cinematografía de todos los países, y que sabe que cuenta con la admiración expresa y el respeto de la juventud de su país y de los mejores cineastas de nuestra época, de Hitchcock a Glauber Rocha, de Truffaut a Ingmar Bergman y Fellini..., que tampoco le deben encontrar «reaccionario», pues la mayoría figura entre las personalidades más inteligentemente progresistas de nuestra época.

En cuanto a lo de que Buñuel sea un «alcoholista», es pura broma: una broma difundida por él mismo, que huye como del diablo del «espíritu de solemnidad» y posee un estupendo sentido del humor.

Le ruego que no vea en las líneas anteriores nada personal. Le aseguro que si Buñuel hubiera dicho de usted lo que usted ha dicho de él, o algo parecido, esta carta no se titularía «Querido señor Sender...», sino «Querido señor Buñuel», y en ninguno de los dos casos mentirían las palabras. Suyo afectísimamente,

Joaquín Aranda

*Un libro de Ángel Alcalá Galve:
los trasmundos literarios y vitales de Ramón J. Sender*

Sobre el libro senderiano del andorrano y servetiano Ángel Alcalá (2004) escribí en las páginas del *Heraldo*:

Con Ángel Alcalá no hay forma de equivocarse. El profesor y ensayista aragonés deja bien claro desde el principio sus pretensiones y, a lo largo de su texto, un discurso denso, que no deja nada sin analizar, va ajustando logros e impotencias en la revelación de ese trasmundo —literario y no— de una figura tan compleja, tan rotunda y tan contradictoria a un tiempo, como la de Ramón J. Sender. «Abordar los condicionamientos espirituales y los principios semifilosóficos de la mente senderiana que posibilitan su creación literaria y facilitan nuestra mejor comprensión de su obra total» es lo que Alcalá señala como intención de su estudio *Testigo, víctima, profeta: los trasmundos literarios de Ramón J. Sender*, título que el propio autor califica de «impretencioso» y, un tanto maliciosamente, nosotros podríamos calificar de prudente, cauteloso incluso, puesto que Alcalá no se ha atrevido a titularlo, de esa manera directa y sin paliativos que ahora se acostumbra, como el pensamiento, la filosofía, la ideología de Sender. Y es que en Sender todo se complica, se revuelve en sí mismo de modo tal que es difícil establecer una teoría determinante que nos lleve, en proceso continuo, lineal y progresivo, desde

los *a priori* a los resultantes. Es más seguro, más cierto también, hablar del testigo, de la víctima, del profeta, pues todo ello fue. Y es que, en una figura como la del heterodoxo Sender, es complicado «alumbrar las condiciones vitales, los prejuicios sentimentales y los criterios mentales que, al modo kantiano, conforman el conjunto de condicionamientos *a priori* que hacen posible que una obra determinada le salga a su creador así y no de otra manera», conquistas que propone el propio Alcalá como meta de todo crítico literario que se precie, o sea, penetrar en «las fuentes secretas de la creatividad del autor que se estudia», en sus «trasmundos personales». De ahí también el título, que se atreve y no se atreve.

Como con Alcalá no hay forma de equivocarse, el autor ya nos descubre en el preámbulo de la obra «el sentido y la forma de este libro», manifestando que estamos ante un docente que ejerce como tal hasta un extremo taxonómico. Alcalá nos resume su texto capítulo a capítulo: el I, introducción general a todo el libro, sitúa las pautas de comprensión de la obra total de Sender; el II, con los imprescindibles datos biográficos, traza su «territorio vital», Aragón, la experiencia marroquí, su visión realista y sus ideales anarquistas; el III se enfrenta a sus opiniones sobre la guerra de Marruecos y las conmociones de la República; el IV, señala sus concepciones del amor y de la muerte; el V aborda sus crisis ideológicas (del anarquismo al comunismo), de las que surgen sus primeras grandes novelas: *Imán* y *Mr. Witt en el Cantón*; el VI, esencial en el discurso global del ensayo, sitúa la conciencia senderiana y su meta de escritor: descubrir el mal en sus diversas formas, esas que marcan las diversas etapas de las crisis vitales y políticas de Sender. En función de tal meta —y no como resultado de un sentimiento de culpa, universal y personal, con el que algunos interpretan su obra— estudia Alcalá la «ejemplar» actitud literariamente retrospectiva del escritor aragonés frente a la Guerra Civil —que tan directa y dolorosamente le afectó— y su alejamiento progresivo del izquierdismo político (VII); las grandes novelas que suceden a su cambio de rumbo ideológico, *La esfera*, una «alegoría funcional» que impulsa el aliento filosófico de su obra; *El lugar de un hombre*, expresión del valor de la personalidad humana, su sociabilidad y su destino; *Réquiem por un campesino español*, una emocionante y alegórica meditación moral sobre la Guerra Civil; *Crónica del alba...*; o sus novelas históricas, que, según Alcalá, hay que leer como alegorías del poder (VIII, IX y X). El capítulo XI aborda al Sender maduro, menos frecuentado por los críticos, que se han centrado sobre todo en su época juvenil y más revolucionaria. Alcalá acude a dos previos estudios propios, «El escritor como definidor del mal» y «El pensamiento filosófico-religioso de la obra madura de Sender». Para Alcalá, Sender es «el escritor más religioso del siglo XX español, el más preocupado por la cuestión de Dios, aunque radical y visceralmente, o glanglionarmente como él dice, adversario de la región clericalizada», lo que no se contradice con «la impresión de arbitrariedad e increíble ligereza que produce la lectura de muchas de sus páginas sobre estos temas, para cuyo tratamiento serio no tenía mayor preparación que cualquier lector voraz e inteligente, eso sí, de obras elegidas al azar y no bien digeridas por su precoz y persistente autodidactismo». El capítulo XII se refiere a las obras publicadas por el autor en los últimos doce años de su vida, consideradas por distintos críticos como de decadencia, pero en las que Alcalá advierte su profundo interés desde el punto de vista de sus planteamientos ideológicos. Los últimos dos capítulos del libro están dedicados a su candidatura al Nobel (que auspició y gestionó muy personalmente el propio Alcalá) y a su muerte. Una bibliografía senderiana actualizada completa el volumen.

El libro de Ángel Alcalá sobre los «trasmundos», literarios y vitales, de Ramón J. Sender, merece y exige una lectura muy atenta. Desborda inteligencia en cada una de sus páginas y extrae de los textos de Sender un universo de sugerencias y posibilidades de análisis. Alcalá nos descubre, en esa línea esencial de su discurso, la necesidad senderiana de definir el mal, a un autor de una complejidad extraordinaria, reflejo en cualquier

caso de un hombre, nada menos que un hombre, en búsqueda obsesiva de la utopía de la verdad humana.

Testigo, víctima, profeta: los trasmundos literarios de Ramón J. Sender, Ángel Alcalá Galve, Madrid, Editorial Pliegos, 2004, 333 páginas.

El Réquiem en la Biblioteca Aragonesa Heraldo

En la colección Biblioteca Aragonesa Heraldo (2010) se incluyó el *Réquiem por un campesino español*. Sobre esta reedición escribí en las páginas del periódico «El Réquiem español de Ramón J. Sender»:

Ramón J. Sender es, sin duda, el escritor aragonés por antonomasia de la literatura española contemporánea. Escritor del exilio, sus controvertidos regresos se produjeron cuando ya su obra había sido traducida a numerosos idiomas y venía precedida de un prestigio internacional muy consolidado. La evolución ideológica del juvenil anarquista a posiciones más conservadoras no complació a todos en aquella España de los setenta, inmersa en los estertores del franquismo y ansiosa de escuchar a los viejos revolucionarios. Pero Sender ya había hecho su personal peregrinaje ideológico, y no venía a complacer a nadie, sino a dar testimonio de sí mismo, con todas sus contradicciones. En las librerías estaban ya sus grandes obras, *Imán*, *Crónica del alba*, *El rey la reina*, *Epitalamio del prieto Trinidad*, *El lugar de un hombre...*, y triunfaban popularmente sus novelas sobre Nancy. Ya no tenía que demostrar nada, aunque, grafómano incurable, escritor torrencial y proteico, producía sin cesar nuevos títulos que venían a ratificar su curiosidad infinita por la vida, por todo lo humano y lo divino. Una bibliografía inmensa, una vida de compleja plenitud cuya complicada biografía sería abordada, arriesgadamente, en 2002 por Jesús Vived Mairal, a quien Sender había dedicado la edición española de *Réquiem por un campesino español*, sin duda una de sus obras maestras.

Réquiem por un campesino español, inicialmente titulado *Mosén Millán*, es, en su brevedad, una de las grandes novelas españolas contemporáneas, tal vez la que de un modo más esencial ha tratado el hondo drama de la Guerra Civil, el conflicto moral que ese enfrentamiento entre hermanos supuso. Porque una cuestión moral, más que ideológica, es la que Sender plantea en su novela, lo que hace que su obra tenga un valor universal, intemporal, más allá de la concreta circunstancia histórica, y se haya convertido en uno de los títulos más traducidos de la literatura española de todos los tiempos.

Paco el del Molino, el campesino español del título, es sobre todo un símbolo del pueblo, idealizado en sus rasgos primarios, que reclama dignidad y justicia; Mosén Millán, el verdadero eje conceptual de la novela, la representación de todas esas pulsiones contradictorias que hicieron posible el estallido fratricida. El sentimiento de culpa será, inevitablemente, el protagonista final de tanta tragedia.

Sender vivió muy íntimamente ese conflicto, y toda su evolución ideológica posterior, durante su largo trayecto en el exilio, no será sino una forma de darle respuesta, de buscar su personal, y a la postre colectiva, redención, su complejo y doloroso peregrinaje a la búsqueda del «lugar del hombre».

TRES ARTÍCULOS DE SENDER EN EL *HERALDO* DE LOS AÑOS VEINTE

Traemos aquí los tres artículos de Ramón J. Sender publicados en *Heraldo de Aragón* en los años veinte, lo que hemos llamado *la prehistoria* del escritor en el periódico zaragozano. No sabemos si hubo alguno más, pero estos son los localizados.

Los tres aparecen fechados en Madrid, dos de ellos con la indicación «escrito para el *Heraldo*». En el texto del tercero el autor menciona al propio diario como destinatario de su artículo.

Un libro
El viajero sin sol
 (14 de marzo de 1924, p. 1)

BAGAJE LÍRICO. Hemos traído de nuestra excursión un estupendo bagaje lírico. Un tapiz con lotos y nenúfares bordados en sedas de color combinadas de tal guisa que hacen daño a la vista, dos carteras árabes donde triunfa una flora de pesadilla, dos jarras pintarrajeadas al fuego por un joven brahmán de color de siena, un puñal con pomo de cuero estampado y un libro —el segundo— de Ramón Ledesma. Se titula *El viajero sin sol*. Porque tiene primores de color y de humor como el tapiz, las carteras, las jarras y el pomo del puñal, lo hemos asociado voluntariamente a esos objetos. Ramón Ledesma puso probablemente su atención —al idear el libro— en un gayo tapiz, una cartera moruna, una jarra india o un puñal sarraceno. No le ha salido ninguna de estas cosas, sino más bien una especie de vidriera germánica con tintes indefinibles y ambiguos a través de los cuales la vida adquiere una coloración grave y humana digna de estudio.

El viajero sin sol es un libro de ensayos. Esta especie literaria que cada día va teniendo más cultivadores. Es un producto de fecunda misantropía surgido, como surge en casi todos los casos, al contacto de la vida de las grandes metrópolis.

Hay cerebros que reciben mayor impresión de soledad cuanto más cerca están de las multitudes, y el de Ledesma es uno de esos. He aquí la razón de que haya hecho un libro de apartamiento en el corazón, precisamente, de las grandes civilizaciones modernas. En París discurren casi todas las páginas de su libro; algunas en Londres, pocas en Madrid y Toledo. En los cuatro escenarios pasa el viajero hierático e inquieto, con un frío de niebla en el alma.

PARÍS. Roza levemente el tema del donjuanismo. Es la preocupación estética del siglo. Contaminose de esa inquietud en París, donde don Juan es por hoy la última palabra de la moda literaria. Ortega y Gasset la ha importado y los jóvenes ensayistas de aquí van concediéndole los honores de su entusiasmo.

Pero Ledesma respiró las auténticas brisas de ese renacimiento en el país de los Fragonard y de las Catherines. En su libro quiere vivir la leyenda fastuosa de París, quiere meteorizar su alma bajo el sol de las sensaciones extenuadoras y comienza a amar a una *medinette*. Un día puede impunemente besarla, pero piensa:

—¡Bah! Me convertiría en un simio triste y sucio.

Y hay una dubitación que aprovecha don Juan sin hacerse consideraciones tan correctas.

Vaga su espíritu en busca de consuelo de don Quijote, de Tartarín, de Pickwick. Piensa en su vida, en la vida que quisiera hacer, en la de los que le rodean, en la que anhelan los que mueren anhelando, y concluye viendo discurrir el Sena, dejando vagar la vista por el azul cobalto de las alturas y diciendo al oído de Fragonard:

—Vivimos una vida sombría.....

NIÑEZ. Después se asoma el paisaje de su niñez. Vidrieras policromadas, ruido de campanas, horas que vuelan con rumor de raso y vestiditos blancos con cenefa azul. Pascua es día de flores y de revelaciones.

Es sensual el olor de incienso y en el jardín se celebran nupcias. Hay niñas santas que visten traje de Pascua y campanas que rezan salmos con voz de leyenda latina.

Cirios en el altar. Flores que se asfixian entre los cirios, aleteo de esperanzas vivas, sol en la alta claraboya y ramilletes de luz en cada estremecimiento de las campanillas de la celebración. Una niña de porcelana canta acompañada por el rabel de claridad que orla

la custodia. Cuando se alza la luminosidad de la hostia el viajero de ocho años mira a hurtadillas a la niña de porcelana y piensa que es suficientemente bella para regalarle una rosa blanca y sus lápices de colores.

TOLEDO. El viajero ha entrado en la catedral. Hay más luz en el interior que en la calle. En el coro bordonea la solemne vibración de los maitines.

«Hic jacet pulvis, cinis et nihil», lee en la tumba de un cardenal. El viajero exclama:

—¡Imposible continuar visitando la catedral! Ya caímos en la cuenta de que no solo el cardenal es polvo, ceniza, nada, sino la catedral misma, nosotros y el sistema planetario. ¡Vámonos de aquí!

El órgano larga dos andanadas de acordes bajo la bóveda ennegrecida. Esta los devuelve impasible y los siente el viajero golpear contra los parietales. Sale a la calle. Una casa le mira, asombrada, por sus dos únicas ventanas, con ojos encristalados de beata o de escribano. El alero, húmedo de niebla, es negro como un manto de luto. El viajero mira a un lado y a otro:

—¿Y el sol?

PLENITUD. El viajero tiene guardados escrupulosamente todos los matices. El iris natural de la bonanza y el otro corregido y aumentado —que no necesita sol para producirse—. Sabe que el mar es de un azul algarero e irónico, poco serio. Monótono, infucundo, sin imágenes, se repite a todas horas en un absurdo sonsonete de inmensidad. Sabe que en primavera las hojas de los chopos orquestan sinfonías de plata y que las pupilas de las mozas trazan una fiera rúbrica de maternidad en las mañanas soleadas de abril. Conoce las varitas de virtudes de las consejas y tiene una corte de hadas madrinas que le ofrece sus presentes de eternidad diariamente.

Pero el viajero prefiere esa vida sencilla y clara que riela en el fondo de una risa de quince años.

ORIGINALIDAD. En el fondo de ese libro de Ledesma existe un violento deslindar de otros libros y de otros idearios. No es afán de singularidad vana. No puede serlo en quien, como Ramón, posee dinamicidades de estro infrecuentes entre la juventud literaria de Madrid.

Hay en *El viajero sin sol* una personalidad delineada enérgicamente. ¿Azorín? ¿Xenius? ¿Baroja? Algo de los tres. Algo que no pasa de ser ese parecido existente entre cosas igualmente bellas. El afán noble de la originalidad —que en fin de cuentas no es más que la reacción natural contra el medio, contra los demás— le hará conquistarse un puesto en primera fila. Con armas tan nobles y con procedimientos tan seguros el éxito es un hecho.

ENVÍO. Querido Ramón: No vuelvas a poner en tus sucesivos libros la nota que insertas en este. Solo a ti se te ocurre asegurar que el libro que publicaste antes es de pésimo gusto y que está pergeñado sin emoción. Bien que no te pagues los banquetes como N., pero de eso a traicionarte a ti mismo...²

Cosas de arte

La juglaresa Berta Singerman en Madrid

(3 de diciembre de 1925, pp. 1 y 2)

En la activa ruidosidad de este otoño, que, como todos los años, celebra en el Retiro su amarillo milagro de crisopea, ha llegado de tierras lejanas pero familiares un

² Advierto un cierto parentesco de esta forma de crítica con la que realizaba su paisano Benjamín Jarnés, tan creativa y discursiva. Es el *estilo de época*, de voluntad vanguardista, del que Ledesma Miranda también es partícipe, puesto que Sender construye su texto siguiendo la manera del autor.

nuncio gentilísimo trayéndonos el motivo imprevisto de la temporada. Es un nuncio de buenos auspicios para la lírica española. Berta Singerman, la genial artista argentina, llega a Madrid con el caudal precioso de su sensibilidad para revivir en la Castilla de los juglares lo que de alto y prócer tuvo la función juglaresca en los tiempos del *Libro de buen amor*.

Berta Singerman resucita una modalidad arcaica del arte: recita versos. Arcaica, en lo que ese ejercicio tiene de espectáculo industrializable; eterna, en su religioso empeño de armonía.

Al conocer la noticia de su llegada se produjo un primer movimiento de sospecha. La poesía más adecuada para la declamación es la que enfila su intención a las vísceras y no al cerebro. En esta clase de lírica que los románticos cultivaron hasta la saciedad, no siempre con resultados estimables, pero sí con un fervor que salvaba de mayores pecados, hay un riesgo: entre renglones, en las interlíneas, se oculta con frecuencia el germen maligno de la cursilería, como en el reverso de todo propósito de sublimidad.

El diablillo del ridículo, dispuesto a hacer una cabriola en cuanto la temperatura sentimental del lector descienda un poco, tiene su mejor elemento en la declamación. Y ese diablillo se interponía entre nuestra devoción y Berta Singerman, a quien conocíamos por minuciosas referencias de la prensa americana.

Después, oídos sus acentos en la fiesta familiar que la redacción de *La Nación* de Buenos Aires en Madrid le ofreció, y en la primera sesión del Teatro de la Comedia, nos hemos sentido captados por una doble tiranía: la del sentimiento y esa otra más reflexiva de la valoración estética fría, cerebral. Este vasallaje no es fenómeno de una sensibilidad abierta a las influencias líricas.

Pasaron los tiempos de la buena fe, de la fe en los libros cerrados. Cuantos asistieron a estas sesiones participan del mismo absoluto fervor.

Madrid no recuerda caso igual de facultad asimiladora, de expresión, de fuerza patética, de ponderada exactitud en el matiz y, en resumen, de capacidad para la figuración poética.

Berta Singerman nos ha ofrecido una fiel encarnación de la idea matriz que sigue luciendo sobre las tumbas, tan distintas, de Rubén, José Asunción Silva, Edgar A. Poe, Carriego, el Arcipreste de Hita, Rostand, Piferrer, y que alienta en la gloria de nombres de hoy como los de D'Annunzio, Juan Ramón Jiménez, Rabindranath Tagore, Alfonsina Storni, Lugones. En estas sucesivas encarnaciones nos ha confirmado la verdad de un valor estético independiente en cierto modo del de creación: el valor fonético, sensorial, de la frase, de la idea materializada.

Ese valor que Eça de Queiroz ridiculizó en una reciente carta inédita hablando «de los versos sinfónicos, transparentes, de contactos de aurora», sin pensar que, involuntariamente, había de «incurrir» en el mismo pecado cuando le ganara la cansina ansiedad de un «ideal de superación», de imposible perfeccionamiento en lo sobrehumano. Es la de Berta Singerman una materialización no divergente como suele ser siempre la del intelecto, sino licuada y fundida con él, bajo el calor de las correspondidas simpatías entre la inspiración y la función mecánica. Este valor está más cerca del público que el que puede ofrecer su contenido de tipografía. Los espectadores de formación elemental, no iniciados en las voluptuosidades de la idea, no podrán menos de recoger en los sentidos esas vibraciones cuya emoción se ha escapado al espíritu sin perder nada de su virtud conmovedora. La pureza de los medios que Berta Singerman utiliza hace posible esta excepción. Es frecuente, por otro lado, la impresión sensual y directa de la belleza de un poema sin necesidad de captar su esencia imaginativa. En resumen y sumariamente puede afirmarse que la gran recitadora pone al alcance de todos los temperamentos la verdad estética de los mejores poetas de las literaturas más blasonadas.

El Arcipreste, declamado en un ingenuo tonillo de pregón provenzal, recibe la expresión plástica que el más avisado pueda imaginar al leer las donosas juglarerías de

nuestro romance. Juan Ramón se hace en labios de Berta Singerman más diáfano y claro, de un humanismo tibio y confortador. Y Rubén, lo que Rubén tiene de parnasiano atildado vibra con mayor sonoridad, inundando el aire de la sala con el rutilante esmalte de sus imágenes. Llega a todos los corazones el milagro de expresión de la juglarsa argentina, identificando el sentimiento sobre las diversas formas de interpretación de cada oyente y haciéndolo más intenso al conseguir su coincidencia en una misma gradación. La recitante logra así superar el objeto del poeta, ya que conserva su concepción pura y la universaliza.

Berta Singerman ha devuelto la vida a un viejo *mester* añadiendo a sus originarias bellezas las cualidades que esta torturada imaginación del siglo xx, insatisfecha y descontentadiza, habría de exigir a sus nuevos oficiantes... Querriamos conocer la impresión que Berta Singerman ha producido al señor Menéndez Pidal a propósito de esto de la juglarería. Sin duda su comentario tendría todo el valor que la condición del antiguo catador de vinos clásicos es capaz de prestarle. El nuestro, obscuro y modesto, es una proposición que por su misma inmaterialidad hay que dar por aprobada y realizada: en el vino blanquinoso y recio de la juglarería medieval hay que mezclar hoy este sorbo de las viñas del Plata que nos trae Berta Singerman con un gesto de todos los tiempos y —como diría Rubén— en “un repujado cristal de España”.

Madrid

Escrito para el *Heraldo*

Bagaría no se va: los caracolitos, la melancolía y el claustro
(25 de abril de 1926, p. 3)

Bagaría no se va. Es decir, se va pero no lleva su deseo trashumante más allá de nuestras fronteras españolas. Mucho sentimos tener que hacer esta afirmación después de haber publicado en este mismo lugar Somoza Silva que Bagaría se marcha a América.

Pero la Verdad —así, con mayúscula— nos exige una intervención de periodistas escrupulosos. Bagaría se va, pero no a América sino a la sombra propicia de un claustro conventual. No decimos que Somoza Silva haya falseado, premeditadamente, las palabras, imaginado la noticia. Bagaría le dijo, efectivamente, que se iba a América, pero al decirlo se hallaba ausente de sí mismo, en uno de los accesos de melancolía que le produce el recuerdo de tanto dibujo suyo recluso en las grandes carpetas censuradas.

Sus *caracolitos* han sido oficialmente declarados indigestos y cuando Bagaría siente más agudo el dolor de su zoología estéril sueña en llevarla a otras latitudes de más sano y benigno clima. Entonces dice, con aire terco y decidido, que se va a América. Pero, si es verdad que en cada uno de nuestros deseos existe la evocación de algo realizado ya anteriormente, al hablar de ese viaje Bagaría recuerda el que hizo al planeta Marte en las columnas de *El Sol*.

Bagaría se recluye, pues, en un convento. No sabemos por cuál se decide, pero es posible que opte por alguno de los enclavados cerca de cualquiera de las grandes fábricas de cerveza que hay en las afueras de la Corte. No estará de más advertir que su decisión no es, como pudiera suponerse, una consecuencia de la lucha perseverada con Laiglesia —el activo y celoso censor mayor de la Presidencia, a quien saludamos rendidamente— en la que Bagaría haya resultado vencido, y sometido por tanto a la omnímoda voluntad del vencedor como en la caballería andante de nuestra gloriosa gesta cervantina. No hará mal papel Bagaría fraile entre frailes. Se encuentra ya en un punto avanzado del proceso místico que acaba en las ermitas y en los cenobios.

Si no ha llegado al éxtasis, al delirio, lleva el camino directo y ha de llegar pronto. Ha perdido la fe en todas las bajas cosas de este mundo y comienza a orientarse hacia las venturas del otro. Nada conmueve su deseo: nada le interesa. Lo único que ha

quedado con caracteres indelebles en el vacío absoluto de sus conceptos fijos es el letre-rito cotidiano: «Nos es imposible publicar la acostumbrada caricatura de Bagaría». Yo he probado a hablarle de la revolución por ver si lo animaba un poco y ha contestado con aire cansado:

—Los revolucionarios españoles somos de esos que alquilan el balcón de su casa para ver pasar la revolución.

¿Qué hacer? El mundo con sus pompas y vanidades le repugna. España con sus problemas sociales le aburre. Bebe menos cerveza y pasa largas horas sumido en reflexiones profundas. Inútil preguntarle en esos momentos lo que piensa, porque nos exponemos a que nos diga que se va a marchar a América o a Marte. Hay que esperar a que espontáneamente insinúe su pensamiento por uno de los dos procedimientos en que es posible penetrar en su imaginación: el cuento alemán contado con ese aire monacal y cachazudo tan suyo y el dibujo trazado inconscientemente en una cuartilla que cae a mano sobre la mesa de redacción. Esta vez el dibujo ha sido toda una confidencia. Se ha dibujado a sí mismo con el hábito de la contrición cristiana, ha reflejado exactamente su deseo dibujándose a sí mismo metido a fraile.

¿Y el cuento? El cuento —¿alemán?— dice: «Fritz se está muriendo. Ha oído decir a su médico de cabecera que su vida es cosa de minutos y en vista de esta declaración toma el acuerdo de llamar a su esposa y pedirle un espejo. Su consorte se lo entrega muy compungida y Fritz después de mirarse un rato en el cristal se quita cortésmente el gorro de dormir y le dice a su propia imagen: “Adiós, señor Fritz: que usted lo pase bien”. Se vuelve de lado y entrega su alma a Dios».

Este cuento, después del dibujo que Bagaría ha hecho y que me ha dado —yo a mi vez a los lectores del *Heraldo*, advirtiendo honradamente que en él se ha favorecido ladinamente—, pone a su revelación gráfica un colofón muy elocuente. La idea de la muerte es la sugestión permanente de los temperamentos místicos exaltados. No cabe, pues, la menor duda. Bagaría se nos va *del siglo*, como se dice de sus compañeros de hábito y como podíamos decir también de su figura como filósofo del lápiz.

¿Dibujará o no en lo sucesivo? Es de pensar que sí, pero sometiendo sus trabajos a la censura eclesiástica según mandan las órdenes religiosas. Nominalmente por lo menos no dejará de ser esta censura cosa parecida a la censura de Laiglesia.³

Madrid

³ Sender hace un juego de doble sentido a propósito del apellido *Laiglesia* (vs. *la Iglesia*).